

## Paisajes de frontera. Representaciones científicas de la selva y el desierto

**Juan Miguel Sarricolea Torres**

Escuela de Antropología e Historia del Norte de México

ORCID: 0000-0002-2569-1018

EN UN ESCRITO ANTERIOR REFLEXIONÉ SOBRE LAS EVOCACIONES DE FRONTERA en Campeche y Chihuahua, tomando como base su geopolítica fronteriza y su devenir histórico con las migraciones internas e internacionales durante el siglo XX y lo que va del presente. Argumenté que para el caso de Campeche las evocaciones de frontera suelen ser invisibles y poco llamativas para los medios, políticas de identidad y parte de su población que no habita en sus fronteras; mientras que para el caso chihuahuense su ubicación geopolítica con los Estados Unidos la hace una frontera visible y mediática. Una de las razones detrás de ambas evocaciones es la movilidad humana propiciada por sus fronteras con los tres países colindantes: Estados Unidos, Guatemala y Belice.<sup>1</sup>

Sin embargo, existen otras evocaciones de frontera relacionadas con las representaciones científicas de sus paisajes, entendiendo por esta categoría un conjunto de artificios que fusiona el medio ambiente, las sociedades (conglomerado de personas) y la cultura (significados históricos otorgados a dicha espacio).<sup>2</sup> Entonces ¿qué tipo de evocaciones de frontera podemos rastrear de las representaciones científicas contemporáneas? En este ensayo haré alusión a dos libros de gran formato donde podemos observar y analizar determinadas evocaciones de frontera, tales como las selvas (en la península de Yucatán) y el desierto (en el Camino Real de Tierra Adentro).

Los libros de gran formato no solo se destacan por el cuidado en su edición y su soporte material, también por su difusión y distribución. Algunos de estos libros se publican en conmemoraciones locales, regionales o nacionales, contribuyendo con ello

<sup>1</sup> Juan Miguel Sarricolea Torres, "Entre selvas y desiertos. Evocaciones de frontera en Chihuahua y Campeche", en *Cuadernos Fronterizos*, núm. 60, 2024, pp. 21-24.

<sup>2</sup> José de Jesús Hernández López, "Paisajes vemos, de su creación no sabemos. El paisaje agavero patrimonio cultural de la humanidad", en *Relaciones*, núm. 136, 2013, pp. 115-144.



al refuerzo de las identidades culturales. Los libros van más allá de su contenido científico y se convierten en discursos que sintetizan paisajes culturales.

En la obra *Los mayas. Una civilización milenaria* podemos observar, tanto en su portada como en el contenido y en las imágenes, la presencia de la selva, lo que demuestra la relación entre un tipo particular de medio ambiente y su población.<sup>3</sup> Los diferentes artículos que componen el libro enfatizan en el desarrollo de una cultura “milenaria” que dejó huellas en el territorio físico, de ahí que podamos denominar paisaje cultural a tal fusión. La historia de la civilización maya abarca un extenso territorio que rebasa las fronteras nacionales, incluyendo a los países de México, Guatemala, Belice, El Salvador y Honduras.

El paisaje de frontera de la cultura maya es uno de tipo transnacional, cuyos “límites” no se determinan por las demarcaciones políticas de los países o de su diversidad ecológica, sino por sus diferencias con otras regiones culturales que, para el caso mexicano, se pueden distinguir la una de la otra, tales como el Istmo de Tehuantepec, el altiplano mexicano o la Huasteca potosina. Sin embargo, pese al reconocimiento transnacional de este paisaje, el Estado mexicano lo ha transformado en un paisaje de frontera nacional e interno, es decir, promueve su investigación, conservación y difusión desde su alcance político. Lo anterior

no significa su desconocimiento transnacional, sino que su difusión permite reforzar, desde el vínculo homogeneidad-heterogeneidad, identidades regionales de la Península de Yucatán,<sup>4</sup> que están fuertemente asociadas a la cultura maya cuyo desarrollo histórico-cultural se ancla en el verde de sus selvas.

En el caso campechano, desde la declaración de Calakmul como Patrimonio de la UNESCO en 2002, la selva y sus “tesoros mayas” se han convertido en símbolos de identidad estatal, lo cual no solo genera significados de pertenencia, sino también se constituye en un paisaje de frontera que, pese a su devenir histórico y ambiental común, delimita simbólicamente fronteras con Guatemala y Belice y con los estados vecinos de Quintana Roo y Yucatán. Estas formas de recrear y promover paisajes jugaron un papel relevante para el sexenio de Manuel López Obrador con la construcción del Tren Maya. Esta magna obra hoy día forma parte de la construcción dinámica de este paisaje de frontera, donde la tecnología atravesó la selva y con ello le otorgó nuevos significados políticos, económicos y culturales.

Al otro extremo del país, en la región centro-norte, el desierto ha sido definido desde la ecología, pero también ha configurado un paisaje cultural; así lo podemos observar en el libro *Cinco siglos de identidad cultural viva. Camino Real de Tierra Adentro. Patrimonio de la*



<sup>3</sup> Nikolai Grube (ed.), *Los mayas. Una civilización milenaria*. Colonia, Könemann Verlagsgesellschaft, 2001.

<sup>4</sup> Steffan Igor Ayora Díaz y Gabriela Vargas Cetina, “Introducción. Antropología y las imágenes e imaginación de lo yucateco”, en Steffan Igor Ayora Díaz y Gabriela Vargas Cetina (ed.). *Representaciones culturales: imágenes e imaginación de lo yucateco*. Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2010, pp. 11-31.

*Humanidad*.<sup>5</sup> Es una edición conmemorativa diseñada estéticamente, tanto en su materialidad como en la calidad de las imágenes y los textos. Es una obra que celebra 10 años del reconocimiento del Camino Real de Tierra Adentro por la UNESCO en 2010. Si bien las fotografías, mapas y escritos proveen de información relevante sobre esta ruta comercial que conectó desde el siglo XVI a la Ciudad de México con Santa Fe (hoy Nuevo México, Estados Unidos), también nos ilustra un paisaje de frontera que se expande más allá de las fronteras nacionales.

Los textos académicos están acompañados de fotografías que van mostrando la riqueza arquitectónica, gastronomía, prácticas culturales, los antiguos caminos y los grupos indígenas, proviendo de evocaciones de frontera que dotan de identidad cultural a una extensa región, al mismo tiempo que proveen de identidades locales que en la actualidad solemos asociar a ciertos estados que la conforman, como las representaciones de la minería en Guanajuato, Zacatecas y Chihuahua; pero también sobre el cultivo de la uva y la producción de vino en lugares como Parras, Coahuila hasta la cestería de los seris en Sonora.

El vasto desierto se ha convertido en una evocación histórica y contemporánea que significa apropiación humana de un medio ambiente inhóspito y agreste, por tanto, forjadora de una cultura con huellas en el pasado y reconocibles en sus caminos existentes. Es a través de este gran camino que las

fronteras internas como binacionales se difuminan creando consigo un paisaje cultural, identitario y político; si bien no homogéneo en su totalidad, su diversidad es englobada en definiciones como “norte de México” o “frontera norte” que, desde el presente, activan imaginarios provenientes de la construcción histórica y simbólica de este paisaje desértico.

Los discursos científicos materializados en este tipo de obras no borran las diferencias culturales, sino que estas parten de una historia común y de un medio ambiente similar que tiende a caracterizarlas más allá de una particularidad. Lo anterior es lo que permite la construcción de *un* paisaje de frontera que se sintetiza en estos libros (como en otras representaciones) como selvas y desiertos. De ahí que las obras comentadas recalquen que ambos paisajes no sólo hacen referencia a historias regionales sino la construcción de un pasado que permanece vivo en la vida de los pueblos y los pobladores que la habitan. Un paisaje de frontera se convierte en una categoría de pensamiento para vincular la construcción de representaciones homogéneas y heterogéneas; en este sentido, el paisaje puede entenderse como un proceso síntesis en términos históricos, culturales y políticos.

Selvas y desiertos son patrimonios vivos que enaltecen identidades locales, regionales y nacionales, y que también posibilitan la construcción de discursos y acciones gubernamentales, tanto a ni-

<sup>5</sup> José Luis Perea González (ed.), *Cinco siglos de identidad cultural viva. Camino Real de Tierra Adentro*. México, Editorial Florida, 2020.



vel estatal como federal. Basta citar el ejemplo del Tren Maya que no inventó el paisaje “la selva maya” sino que lo focalizó y lo convirtió en un recurso político con fines económicos y, al mismo tiempo, enaltecó a los pobladores de dicha región y retomó la categoría de frontera geopolítica al relacionarse con los países de Guatemala y Belice.<sup>6</sup>

Las representaciones aquí analizadas muestran la materialidad discursiva de una evocación, producto de investigaciones históricas y antropológicas, así como expresiones culturales

de los pobladores de dichos paisajes (muchos aún por explorar en términos históricos y etnográficos). Son estas evocaciones científicas y culturales de las que parten los antropólogos para adentrarse al estudio de los paisajes de frontera, no como una evidencia *per se* sino como un punto de partida para conocer las similitudes, diferencias y particularidades de las diferentes fronteras que bordean México, en este caso, las demarcadas por el medio ambiente, la geopolítica, la población y la cultura: un país entre selvas y desiertos.



Alfredo Tellez "Bandido", *La procesión de los cuervos*.



<sup>6</sup> Véase el discurso de la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo en la “reunión trilateral” celebrada en Calakmul, Campeche: <https://www.youtube.com/watch?v=Y8IGBrVAJ4Q>.